El buen café cantante está ya lejos de nosotros; más bien en Sevilla y en Málaga.

Aquí ya han perdido su color, y en vez de unos «priveles» de Jerez, ó unos «cristalitos» de Moriles, dan un menjunje llamado café, á la par que anilinas de distintos colores.

Los cafés cantantes de antaño nos serán inolvidables. Sobre todo el de Naranjeros, que era el de la gente del bronce y los revolucionarios de aquella época; tanto, que allí abroncó un gobernador á un montiroso farolero que se las daba de confidente y se emborrachaba con el dinero de las confidencias.

El café cantante del Carmen, establecido en la calle del Carmen, núm. 6, fué un nidal de flamencos, pues allí estaba Bautista, que se dormía cantando:

«Una cordera, una cordera,
una cordera, una cordera,
de tanto acariciarla
se volvió fiera.»

O aquello de:

«Cuchillo quisiera ser
para meterme en tu carne
y arrebañarte después.»

O aquello de:

«Al salir del Cementerio,
sin querer pisé una dalia,
y se levantó mi madre.
¡mi pobre madre del alma!...»

De vez en cuando hay que asomarse á ellos. Hay día de mucho frío en que sólo allí, viendo bailar el loco zapateado á la rusa, se entra en reacción.

Es grato quitarse los guantes, como en un gran palco, sentados en los rincones de los divanes del café cantante, mientras el tocador templa su guitarra.

Las artistas de café cantante tienen detrás una aureola, el gran espejo apaisado que es decoración de su templete escénico.

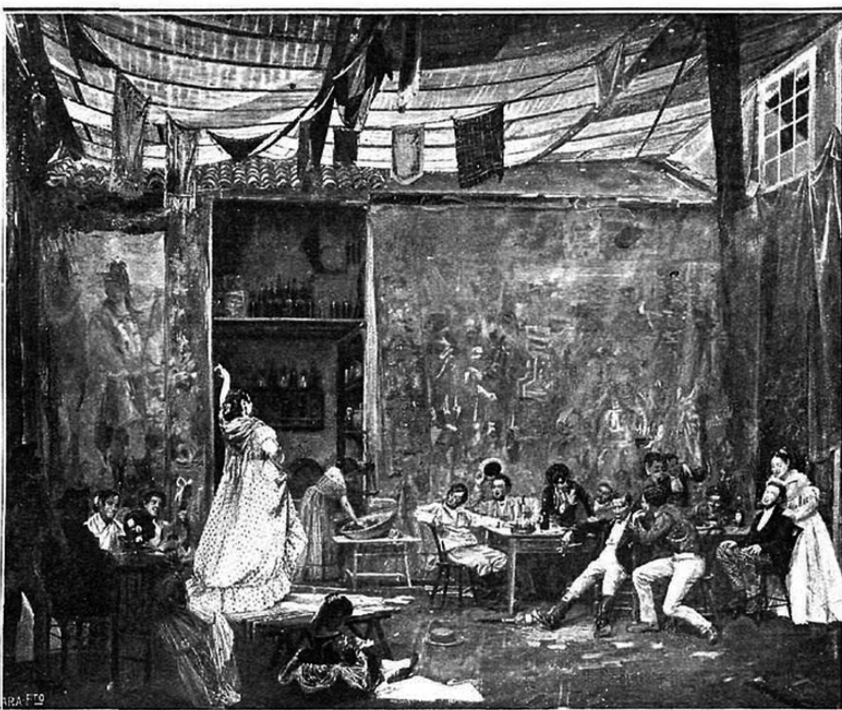
Los tacones que gastan las bailadoras son innumerables. Casi todos los días van al zapatero de portal y le piden tacones, los tacones más urgentes del barrio, los que tienen que estar luego á la noche.

Ellas se tratan mal entre sí á veces. Yo oí á una que decía á otra:

—¡Calla, verduga!

La que lanza sólo cantos tiene como una boca inmensa y sin dientes. El de la guitarra toma la postura de cuando se tiene sobre las rodillas un niño y ya está dormidito, dormidito, templadito, templadito...

Las que bailan se miran en los espejos esparcidos



«Un día de juerga en Málaga», cuadro de Ferrándiz

CAFÉS CANTANTES

POR

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

por el café, y cuando se miran por detrás hacen el gesto de la mujer más coqueta en casa de su modista, siendo, á veces, tan vivaz esa mirada que lleva hacia su espalda, que parece que han tratado de ver qué era lo que les picaba debajo de la paletilla ó qué divisa deslumbrante les acaban de poner.

«Lo que debe haber vivido esa mujer»—piensa uno—, ó «¡Qué tipo de cordera herida tiene!»

Pero el momento trágico de los cafés cantantes es en los entreactos. Las artistas del escenario se mezclan al público, y eso tiene siempre algo de suelta de las fieras escapadas de la jaula y lanzadas hacia nosotros.

Después comienza otra vez el espectáculo. Entonces hay que haber leído eso de:

SE RUEGA QUE RENUEVEN LA CONSUMICIÓN
CUANDO VARÍE EL CUADRO

Las camareras del café cantante son seres aparte de la fiesta.

Las camareras son las que permanecen, las que ven pasar como por un refugio las fugaces artistas, las que conocen á los parroquianos, las que saben tratar al borracho.

Son como los grandes cabestros—en el sentido de poder que tiene la palabra, no en el sentido malo y poco galante—para llevarse fuera á la que se propase ó al que se propase. Un poco hurañas, porque es conveniente, son como la femenina guardia civil del café.

Aún aparece en esos tablados algún artista pintoresco, aunque de la decadencia como *El Calcetines* ó *La Chufos*.

Claro que no cantan «caracoles», aquellos caracoles de:

«Vámonos, vámonos al Café de la Unión,
donde para *Curro Cúchares*, *el Tato* y Juan León.
Eres bonita; el conocimiento la pasión no quita.
Te quiero. ¡Bendita sea la madre que te parió!...»

pero cantan lo que pueden, siempre cosas desgranadas, rotas, cascadas, en las que se sorprenden las mutilaciones de la vida, sus dolores, todo lo que enseña un poco los contrastes en cuya pendencia está el vivir.

No hay que huir de las recrudescencias y las lamentaciones, y más cuando están envueltas en cierto aire de fiesta y jaleo.

Hay que tomar esa bebida lírica de los cafés cantantes en que lo amargo se mezcla á lo dulzoso y la vida se presenta más verdadera á través de los desgarrones del macabro é hilarizante festejo.



«El café cantante», cuadro de Alarcón